

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 296

Barcelona, 24 de Noviembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

Las maniobras criminales de los agentes de Hitler, Mussolini y Franco en territorio francés no pueden ser imputadas a los emigrados rusos

Los verdaderos responsables de la desaparición del General E. K. Miller, Presidente de la F. G. D. A. C. R.

Los últimos atentados terroristas y la intensa acción perturbadora de los agentes secretos de las potencias extranjeras en el territorio francés han conducido al rapto y al probable asesinato del general ruso E. K. Miller, Presidente de la Federación de Antiguos Combatientes Rusos (F. G. D. A. C. R.). La opinión pública francesa vuelve sus ojos con desconfianza hacia los emigrados rusos que, desde hace más de quince años, residen pacíficamente en Francia. Respetuosos con las leyes francesas, honrados trabajadores de los oficios más duros para rehacer su vida, tienen el firme propósito de no intervenir nunca en las luchas políticas y sociales del país que tan generosa hospitalidad les ha dado.

Esta línea de conducta, estrictamente seguida por la mayoría de los emigrados rusos en Francia, les ha valido la estimación de la opinión pública y de las autoridades francesas. Hace algunos años, el Prefecto de París reconoció públicamente que la emigración rusa figuraba en último lugar en la escala de criminalidad de las colonias extranjeras de la capital.

Frente a esta conducta ejemplar de los emigrados rusos, desearios de conquistar el aprecio y la consideración del pueblo y de las autoridades del país que nos ha albergado en el exilio, se ha tramado desde hace algún tiempo una campaña invidiosa cuyo fin esencial es atraer hacia nosotros la animosidad popular. El origen de esta campaña que tanto daño puede hacernos se halla en la acción criminal de gran número de agentes provocadores al servicio de potencias extranjeras que pretenden utilizar a los emigrados rusos residentes en Francia, como instrumentos de sus intrigas.

Y decididos por encima de todo a merecer la hospitalidad que Francia nos ofrece, estamos dispuestos a salir al paso de esas maniobras criminales y a denunciarlas públicamente, con el fin de que nunca se pueda pensar que los rusos residentes en Francia sean sus cómplices. Además, podemos demostrar plenamente que somos precisamente sus primeras víctimas.

El general E. K. Miller es la más destacada de ellas. Su misteriosa desaparición no puede ya atribuirse más que a los agentes de las potencias interesadas en provocar disturbios en Francia. Al frente de la Federación de Antiguos Combatientes Rusos, el

general Miller había ajustado siempre su conducta a la estricta observancia de las leyes francesas, permaneciendo siempre fiel a la política seguida por las potencias aliadas con las que el ejército imperial combatió lealmente hasta el último momento.

Esta fidelidad del general Miller y de la inmensa mayoría de los rusos en Francia a los designios históricos de la República francesa, ha sido precisamente la causa del atentado contra nuestro jefe. Preténdese, pues, por medio de agentes provocadores, colocar a la emigración rusa en masa fuera de la órbita de Francia, obligándola a ponerse al servicio de Alemania y de Italia con la finalidad concreta de incluir los cuadros supervivientes del ejército ruso en la aventura militar emprendida por esos dos países en España.

La única y verdadera causa del rapto del general Miller es la convicción de que era necesario eliminar al Presidente de la F. G. D. A. C. R. para actuar con plena libertad en Francia y llevar a la emigración rusa a una intervención bélica completamente contraria al espíritu del Gobierno y de la opinión del país que nos acoge, resueltamente partidarios de la no-intervención en la guerra de España.

La maniobra estratégica, que consiste en atribuir el secuestro de nuestro general a agentes de Moscú, ha fracasado por completo. La delación hecha por el propio general Miller es buena prueba de ello. Miller, temiendo la asechanza, denunció oportunamente al ejecutor de la intriga. Es, por tanto, pueril pretender engañar más tiempo a la opinión francesa.

La complicidad de elementos rusos en la maquinación de los alistadores de Franco, nos obliga a fijar claramente nuestra posición, la de la gran mayoría de los rusos refugiados en Francia, si queremos responder lealmente a la hospitalidad que se nos ha dado.

Cierto es — no lo negamos — que algunos de nuestros compatriotas se han lanzado locamente a la aventura de secundar los designios bélicos de Berlín, Roma y Salamanca. Pero, aun reconociéndolo, conviene señalar que estos grupos que se atreven a abusar de la hospitalidad francesa con sus turbios manejos, no pertenecen en realidad a la emigración rusa que reside habitualmente en Francia y cuya lealtad para con el país está suficientemente probada,

sino a núcleos de emigrados rusos que residen desde hace tiempo en Italia y en Alemania, países que hoy los utilizan como instrumentos de su política.

Con toda claridad decimos que de la misma manera que los rusos establecidos en Francia han sabido identificarse con la política general y los designios de la República, los rusos establecidos en Alemania y en Italia, que están fatalmente bajo su influencia directa e intensa, cayeron en el error, que puede ser funesto para todos nosotros, de hacer la propaganda de las aspiraciones imperiales de estos países entre los emigrados que residen pacíficamente en Francia. Y contra esta desastrosa tentativa, contra este suicidio civil, queremos protestar públicamente.

Nosotros, antiguos militares rusos, que residimos desde hace muchos años en Francia, nos oponemos energicamente a toda acción que trate de apartarnos de la neutralidad política en que vivimos y de la órbita política del país en que conseguimos rehacer nuestras vidas.

En estos últimos tiempos hemos sido víctimas de una presión, cada vez más acentuada. Pretendíase ponernos, sin condiciones, al servicio del fascismo internacional. La guerra civil española y, sobre todo, la decisión tomada por los Estados totalitarios de ayudar al general Franco, dieron lugar a verdaderas coacciones, de las que nosotros, antiguos militares rusos, fuimos víctimas, con el fin de que nos lanzásemos en auxilio de los generales españoles, so

La Aviación italiana de Palma de Mallorca continúa bombardeando "objetivos militares" como los barrios obreros de Alicante, habiéndose extraído de entre los escombros de las casas humildes destruidas, los cadáveres de 16 niños

En el Ministerio de Defensa Nacional facilitaron, el domingo por la noche, la siguiente nota:

«Poco después de media noche, aviones enemigos procedentes de la base de Palma de Mallorca, han hecho objeto a la ciudad de Alicante, sin perseguir objetivo militar alguno en aquella capital tan distanciada de los frentes.

«El bombardeo faccioso ha causado algunas víctimas, todas ellas pertenecientes a la población civil, entre las cuales figuran niños de muy corta edad.»

El comandante militar de Ali-

pretexto de que ese era nuestro principal deber de anticomunistas.

No, esta misión no es la nuestra, y no tenemos por qué ceder a presiones extranjeras contrarias a los fines del país que nos ha acogido. Francia no puede tolerar que, frente a todos sus esfuerzos para mantener la no-intervención, los rusos residentes en su territorio contribuyan al fracaso de esta política, cuyo derrumbamiento traería muchos peligros para la paz del mundo y más concretamente para la nación francesa.

Las oficinas de reclutamiento de voluntarios para Franco, organizadas en Francia por agentes alemanes e italianos, no reflejan los sentimientos de la mayoría de los emigrados, aunque figuren en ellas algunas personalidades rusas arrastradas a esa aventura. Su descontento es, por el contrario, manifiesto, y en el seno de los emigrados se siente un profundo malestar. Los jefes y oficiales del Ejército Imperial no están dispuestos a dejarse manejar y conducir a una aventura como la de España, que puede degenerar en una guerra mundial.

Al comprometer en masa a la colonia rusa de Francia, las oficinas de reclutamiento de Franco, dirigidas por los agentes de la Gestapo con la colaboración de los jefes y oficiales rusos que cometieron el funesto error de ponerse al servicio de Alemania, actúan impunemente en París protegidos por el nombre y el prestigio de antiguas organizaciones de la emigración rusa, cuyos centros sociales se han convertido en foco de la propaganda hitleriana. Tal es el caso de la «Unión de Gallipoli», la cual, en lugar de servir los fines esenciales de ayuda mutua entre los

L A S

oficinas de reclutamiento de voluntarios para Franco, organizadas en Francia por agentes alemanes e italianos, no reflejan los sentimientos de la mayoría de los emigrados, aunque figuren en ellas algunas personalidades rusas arrastradas a esa aventura.

militares rusos del Ejército del Sur, se ha transformado en un instrumento no de ayuda a los rusos, sino de persecución contra aquellos que no se resignan a luchar por Franco en España. La protección que algunos patronos franceses concedían a los rusos emigrados a través de la «Unión de Gallipoli» se ha convertido últimamente en un arma de coacción para obligarlos a alistarse en la aventura española. Honrados y valientes militares a quienes repugna este papel pasivo y que, por consiguiente, rechazan las proposiciones que se les han hecho en ese sentido, son despedidos sin motivo de los empleos que ocupan desde hace varios años. Se les quiere vencer por el hambre, obligarles a servir una causa que no es la suya y menos aún la del país que les ha dado hospitalidad.

Los grupos fascistas de emigrados rusos residentes en Francia persiguen despiadadamente a los que se resisten a secundar su proyecto. El periódico ruso «La Renaissance» es una verdadera agencia de reclutamiento para Franco. En sus oficinas se organizan las expediciones que van a engrosar la 9.^a Bandera del Tercio extranjero de los rebeldes, compuesta casi exclusivamente por rusos y mandada por uno de sus generales.

La redacción de «La Renaissance» proporciona las hojas de ruta, paga la prima de reclutamiento de los «voluntarios» y dirige a éstos a las oficinas de los agentes de Franco en San Juan de Luz, donde se les facilita los medios para pasar la frontera en grupo y sin dificultad alguna. Otras organizaciones fascistas de la emigración favorecen esta campaña.

(continúa en la página tercera)

segundo bombardeo. También han perecido algunos ancianos y enfermos que no pudieron abandonar sus casas en el momento en que éstas se desplomaban.

Hasta entrada la noche se estuvo trabajando en el desescombro, y la última y más triste impresión fué la producida por una pobre mujer que, rodeada de sus cuatro pequeñuelos, esperaba ansiosa clavando sus ojos en el montón de ruinas, el momento en que fuese sacado de entre éstas el cadáver de su marido.»

GENARO ESTRADA

Firmado por Alfonso Reyes, insignie escritor mejicano que hoy asume la representación diplomática de su país en la Argentina, se ha publicado en la prensa hispano-americana el artículo que reproducimos a continuación, dedicado a la inolvidable figura de Genaro Estrada.

El que comprende a unos y a otros y a todos puede conciliarlos; el que trabaja por muchos y para muchos sin que se le sienta esforzarse; el que da el consejo oportuno; el que no se ofusca ante las inevitables desigualdades de los hombres, y les ayuda, en cambio, a aprovechar sus virtudes; el fuerte sin violencia ni cólera; el risueño sin complacencias equívocas; el puntual sin exigencias incómodas; el que estudia el pasado con precisiones de técnico, vive en el presente con agilidad y sin jactancia, y provoca la llegada del porvenir entre precavido y confiado; el último que pierde la cabeza en el naufragio, el primero en organizar el salvamento — tal era Genaro Estrada, gran mejicano de nuestro tiempo, a quien todos podían atreverse a llamar «el gordo».

Dotado de una sensibilidad alegre y varia; coleccionista de buenos libros, de manuscritos raros, de cucharillas de plata, de cuadros y muebles, de jades y primores chinoscos, en que su casa era un verdadero museo; lleno de aquel humorismo tembloroso que comunica a los hombres gordos otra manera de esbeltez; dueño de una paciencia saludable, buen respaldo moral para inquietos y desorbitados, buena mano para timón, buen músculo de alma — era Genaro Estrada una de esas instituciones de la ciudad, uno de esos hombres centrales que hacen posible la organización de las pléyades literarias (el P. E. N. Club de Méjico sólo vivió mientras estuvo a su sombra). Era un padrino natural de los libros. Y era la suya una de esas bondades sin aureola y sin exceso de santidad, tan lejana de la falsa austeridad y de los morbosos lujos de aislamiento y tebaidas; una de esas bondades que andan donde todos andan, hacen lo que todos (pero siempre un poco mejor), circulan entre todos, y no pierden un solo instante el sentimiento de su misión, de su tarea humana. Tan de grata compañía siempre, tan mensajero de buenas noticias, tan de todas las horas, tan hermano mayor, con su vibración de ternura contenida y su travesura de joven elefante.

Todo en Genaro era gusto. Gran trabajador, nada había de angustia en su trabajo, sino que siempre parecía un paladeo voluptuoso. Con el mismo agrado y la misma sensibilidad emprendía un catálogo erudito o reorganizaba un archivo público, que se echaba a andar por la ciudad en busca de una pieza para sus colecciones, o resistía una discusión diplomática de dos horas sobre los diferentes olores morales del petróleo. A esta sólida balanza del gusto, que también podía servir de ética, de estética y de metafísica en general, debía sin duda el no enmohecerse nunca en medio de los graves negocios del Estado. Sentimiento sin sensibilidad, razón sin dogmatismo, cordialidad sin empalago, rapidez sin nerviosidad, alegría sin barullo. Siempre andamos los mejicanos soñando con estas fórmulas de la rotundez espiritual, del equilibrio en círculo. ¡Cuán pocas las logran! Yo acostumbraba decirle en broma que el secreto de su aplomo estaba en sus bien contados cien kilos. Pero este hombre gordo no era por eso muy pacífico, como el ventero de Cervantes: algo tenía de la abeja zumbona,

algo de la ardilla y, en sus ratos de jugueteo, hasta de la bailarina rusa.

Modesto muchacho crecido en las imprentas provincianas, vino a Méjico cuando el poeta Enrique González Martínez se hizo cargo de la Subsecretaría de Educación Pública, fué algún tiempo secretario de la Escuela Preparatoria, y desde allí tomó sus primeros contactos con las letras de la capital. Hizo su aparición en ellas con una antología de poetas nuevos de Méjico no superada aún, insuperable acaso en el sentido en que una antología puede serlo: ejemplo de método, de exposición, de documentación, de claridad y de tino. Estrada estaba disponiendo la escena, arreglando el ambiente, antes de lanzar sus personajes.

Entretanto, la pluma activa daba de sí colaboraciones dispersas: tal sabrosa traducción de Renard, o trabajos de diversa índole en que saciaba su apetito de hombre del Renacimiento; estudios sobre los criaderos de perlas en la Baja California o sobre los ejemplares mejicanos en los museos de Europa, las municipalidades en la América española, las ordenanzas de los gremios en la Nueva España; mil noticias de bibliografía literaria, y, en medio de todo ello, un constante anhelo por coordinar el trabajo de todos, y poner de acuerdo las preguntas de uno con las respuestas del otro. Su *Visionario de la Nueva España* viene a ser como un *Gaspar de la noche* mejicana, y no creo que antes de él se haya logrado poner a contribución, con mejor efecto, todos los temas y motivos de nuestra imaginaria colonial, de nuestra suntuosa y parsimoniosa «Edad Media», llena de virreyes, frailes y doctores, asuntos transportados por él a un ambiente, si vale decirlo, de disciplinada fantasía, de ensueño con bridas.

Funcionario en la Secretaría de Industria, había contribuido eficazmente a la reorganización de aquel departamento, y comisionado para cierta feria de Milán, había hecho su primer viaje a Europa (1920). Poco después pasó a prestar sus servicios a la Secretaría de Relaciones Exteriores, donde fué ocupando cargos cada vez más importantes, y por mucho tiempo desempeñó el de subsecretario encargado del despacho, en tanto que llegaba a ser titular de la cartera.

Madura el estilo y madura el alma; y he aquí, en el *Pero Galin*, uno de los libros más mejicanos que se hayan escrito. El hombre de Sinaloa, que llegó justamente a Méjico allá por los fines del Ateneo y por los comienzos de la Revolución, trae a nuestra literatura la riqueza entrañable de la provincia, el sabor del condimento nacional, que siempre las capitales pierden y diluyen un poco. Y, lo que es mejor, esta obra tiene al mismo tiempo una calidad humana general, un valor perceptible y traducible en cualquier tierra. Porque Genaro Estrada era hombre de letras consumado, atento a los últimos libros y a las últimas ideas que llegaban de todas partes; y así podrá un día sorprender en Méjico a Paul Morand, preguntándole sobre novedades de Francia que aún no habían llegado a conocimiento de su huésped.

El *Pero Galin* es un libro que participa de la novela y del ensayo, donde han podido caber — injertos preciosos — muchos pedazos de realidad y algunos hombres que de veras existen, con su nombre propio y sus oficios reales. Por todas sus páginas flota un buen aroma, que halaga y alienta a leer. La precisión de

idea y de forma causa una impresión de alivio. Hay en este libro dos aspectos bien discernibles: si nos inclinamos a Pero, tendremos el mundo de los anticuarios y colonialistas, tratado en una forma que nos hace suspirar por la «Guía del mejicanista» que hubiera podido escribir Genaro. La descripción del Volador (como más tarde la rápida evocación del mercado Martínez de la Torre en el estudio que precede al *Diario de un escribiente de legación* es una linda página, en la mejor tradición de los cuadros enumerativos mejicanos, tradición que parte del mercado de Tenochtitlán pintado por Cortés. Ahora, que si nos inclinamos a Lota, tendremos la visión actual, cinematográfica, rauda sin ser vertiginosa, del mundo entrevisto por la ventanilla del tren o desde el automóvil en marcha, las estaciones, las carreteras, las fronteras, las mezclas de pueblos, Los Angeles, Hollywood, y mañana. Unos preferirán aquello a esto, o viceversa; pero yo estoy con el autor en haber querido casar estas dos cosas tan opuestas, y casarlas sin chasquido ni fragor ninguno, por arte del cariño entre sus dos personajes, que tiene más de amistad que de otra cosa. Entre uno y otro polo («côté de chez Pero» y «côté de chez Lota»), corren todos los matices intermedios del iris, y nuestro ambiente queda así definido por sus dos crisis terminales, y por aquella ondulación dialéctica que va de la una a la otra. De las manos de Pero Galin a las de Lota Vera mana y fluye el «tiempo» mejicano en celeridad apreciable; y lo que era antigualla erudita en casa de Pero Galin, llega a ser asunto decorativo ultramoderno entre las raquetas de tenis de su joven amiga. Este libro sin pasión, desarrollado en una serie de cuadros y escenas encantadoras hasta llegar a la sencillez campesina del agua clara, ofrece entre sus pocas páginas tal trabazón de motivos mejicanos, que se siente uno tentado de publicarlo con notas explicativas al pie y pequeñas disertaciones en el apéndice, no porque requiera exégesis, sino por las muchas sugerencias que provoca. Además, al andar del tiempo, la vida personal del autor había de encontrar ciertos cauces que parecían ya previstos en su novela, lo que comunica, tanto a su vida como a su novela, una nueva sazón, al menos para sus amigos más cercanos.

Cuando Genaro Estrada llega a ser jefe de la cancillería mejicana, da a nuestra política internacional una figura armoniosa, juntando miembros desarticulados y definiendo orientaciones. Su labor se caracteriza por una atención igual para todos los problemas a un tiempo, y por una inspiración patriótica cuya profundidad no puede apreciarse todavía, y que cuando se conozca en todo su alcance ha de conmover a los hombres de mi país. Queda bautizada con su nombre la que él quiso llamar «Doctrina mejicana», sobre la aceptación automática de todo gobierno que un pueblo amigo quiera darse, en oposición a la teoría clásica, la cual parece subordinar en este respecto la soberanía de los pueblos al «visto bueno» de las naciones extranjeras. Su manera de conciliar la realidad con el ideal, durante toda su gestión, alcanzó a veces una nitidez mental y una delicadeza moral que no son frecuentes.

Salí de la Cancillería para ser embajador en España, donde, al mismo tiempo que atendía a los negocios habituales, publicó una serie de cuadernos relativos a cuestiones de interés común entre ambos países, y echó una redada por los archivos

y museos, levantando inventarios de piezas mejicanas y construyendo verdaderas monografías, como las que dedicó a *Las tablas de la conquista de Méjico* (de que también hay algunas en el Museo Etnográfico de Buenos Aires). *Las figuras mejicanas de cera* en el Museo Arqueológico de Madrid, y como el *Genio y figura de Picasso* o *El arte mejicano en España*, que ha publicado más tarde. A la colección de cuadernos de su embajada pertenecen también los *Manuscritos sobre Méjico* en la Biblioteca Nacional de Madrid, *El tesoro de Monte Albán*, *El comercio entre Méjico y España*, *El petróleo en Méjico*, *El garbanzo mejicano en España*, obras suyas en parte, y en parte de autoridades en cada materia especial.

Devuelto en estos últimos años a la vida privada del escritor, había creado una interesante biblioteca de obras inéditas, en la cual nuevos investigadores han comenzado a abrir regiones vírgenes de nuestra historia social. De sus manos salían unos hilos invisibles a todos los puntos del horizonte: son muchos los escritores de varios países que se relacionaban con Méjico a través de él. Era, en nuestra América, un verdadero colonizador cultural.

Además de las obras citadas al paso, deja una colección de estudios diplomáticos, entre los prólogos a los volúmenes del Archivo Histórico, que, bajo sus cuidados, se imprimían en la secretaría de Relaciones Exteriores, y son suyos dos tomos de la serie de «Monografías bibliográficas», que él hizo también publicar a su paso por aquel ministerio: uno sobre Nervo, otro de varia información, en que campean su curiosidad y su conocimiento de libros mejicanos, así como su dominio en el oficio de maestro impresor, que él conocía muy de cerca. Deja una valiosa obra dispersa en prólogos de libros eruditos e históricos: las *Cartas*, de Icaz-

balceta, recogidas por Teixidor; el *Diario del viaje*, de Ajofrin; los estudios de Zavala sobre Tomás Moro en la Nueva España, etc. Deja otras obras de historia de arte: *Algunos papeles para la historia de las bellas artes en Méjico*; ciertos trabajos sobre Goya que tenía en preparación, y de que envió primicia a Buenos Aires (artículo recientemente publicado en *La Nación*). Deja una obra poética en que no hay página perdida, y que alcanzó algunas notas de extrema pureza: *Escalera* (Tocata y Fuga), *Crucero*, *Paso a nivel*, *Sendellos al ras*. De suerte que su rema abarca la historia, la económica, la crítica, la bibliografía, el libre ensayo, la novelística, la poética.

Ha muerto a los cincuenta años, en plena labor. Debe a su propio valer, sin compromisos extraños a la excelencia misma de su trabajo, la ascensión gradual que lo llevó a los más altos cargos. Ni lo abatía la adversidad, gran maestra, ni lo engañaba la veleidosa fortuna. El proceso de una larga enfermedad venida de años atrás minando su salud, y parecía siempre rehacerse por un desderezamiento del espíritu. La última carta que de él nos ha llegado, nos dice que el quebranto de su organismo era ya tan grande, que no le permitía leer ni escribir directamente; que seguía con vivo interés los resultados del Congreso de Historia de América, de Buenos Aires; que tenía preparados ocho volúmenes para su biblioteca histórica en curso; que quería artículos argentinos para una revista mejicana. Y esperó la muerte trabajando, y sigue todavía trabajando para su Méjico, para su América, en el recuerdo de sus amigos, que son tantos en todas partes, y en la perennidad de su obra; su obra de hombre bueno, de excelente escritor y de ciudadano intachable.

ALFONSO REYES
(«La Nación», 3-X-1937.)

OTRO CRIMEN DE LOS FACCIOSOS

Se provoca un accidente ferroviario para aniquilar a los prisioneros españoles hechos en la zona norteña

París, 22.—Comunican de Gibraltar que ayer al mediodía un tren lleno de prisioneros republicanos chocó, en la estación de Allanis, con otro de mercancías. El choque fué violentísimo, habiendo sido ya retirados cuarenta y nueve muertos y más de cien heridos.

Aun cuando en su charla radiofónica del sábado Queipo intentó justificar el suceso diciendo que se trataba de un error de aguja, la impresión general es que el accidente fué provocado, deliberadamente, a fin de poder asesinar impunemente a los prisioneros que iban hacinados en dicho tren.

Gibraltar, 22.—Los prisioneros republicanos que han muerto en el accidente ferroviario ocurrido en la estación de Allanis, procedían de la zona norteña y debían ser internados en campos de concentración.

(«El Día Gráfico». Barcelona, 23-XI-1937.)

En Cádiz, desembarcan 250 oficiales italianos

Gibraltar.—El buque hospital italiano «Gradisca» ha llegado a Cádiz llevando a bordo a unos 250 oficiales italianos.

(«Le Peuple», 19-XI-37.)

En Manchester se celebra un gran "meeting" en favor de la España republicana

Londres.—El partido laborista, continuando su campaña de ayuda a la democracia española, organizó un *meeting* en Manchester al cual asistieron cerca de 3.000 personas.

Hicieron uso de la palabra los diputados Sres. Henderson, que presidió, y Walker, la Srta. Wilkinson, perteneciente también a la Cámara de los Comunes, y Stafford Cripps, el cual declaró principalmente: «El llamamiento que lanzamos esta noche no es sólo un llamamiento de ayuda a España, sino de ayuda a nosotros mismos.»

CUANDO EL RIO SUENA... Portugal desmiente que haya movilizad tropas a lo largo de la frontera con España

Lisboa, 22.—De fuente oficial se desmiente el rumor de que Portugal había efectuado una movilización secreta de tropas para concentrarlas a lo largo de la frontera luso-española.

En los círculos oficiales se declara que dicha movilización «si realmente podría ser motivada por el hundimiento del frente nacionalista español o por enemistad entre Lisboa y Salamanca».

UN ARTICULO DEL PERIODICO INGLÉS "NEWS CHRONICLE"

POR QUE DEMORA FRANCO SU CACAREADA OFENSIVA

Londres, 22.—El «News Chronicle», publica el siguiente artículo:

«Franco tiene pendiente al mundo en espera de su prometida ofensiva contra la República española. Cuatro semanas han pasado desde la caída de Asturias, fecha en que el generalísimo rebelde Franco anunció que sus legiones victoriosas estaban preparadas para caer «como una avalancha» sobre los otros frentes «rojos», que, decía él, estaban ya desmoronándose.

El golpe no puede demorarse ya mucho tiempo. Pero ¿por qué la esperado Franco casi un mes, permitiendo que avance el invierno y dándole tiempo al Gobierno de la República para establecerse en Barcelona, su nueva capital temporal?

El día de Todos los Santos bombardearon Lérida, causando la muerte de 260 personas del elemento civil; entre ellos había muchos refugiados que habían huido del País Vasco buscando asilo en Cataluña. Durante los tres días siguientes murieron muchas más víctimas inocentes por las bombas fascistas en otras poblaciones de Cataluña.

Este era el método que había probado ser tan efectivo para los rebeldes en sus avances sucesivos sobre Bilbao, Santander y Gijón, el método de «guerra de nueve días», cuyo objetivo es el de desmoralizar la retaguardia por una exhibición devastadora de terror.

En el País Vasco y en Asturias, los republicanos no podían hacer más que ofrecer una defensa pasiva a esta forma de ataque.

El Gobierno central trató de enviarles auxilio, pero en vano. (Ahora puede revelarse al público el hecho de que estas tentativas costaron al Gobierno muchos aviones.)

Ahora bien, noches pasadas, mister Churchill dijo en el Parlamento que un ataque aéreo indiscriminado de este género contra la población civil «no podía ser contestado por ningún sistema de mera defensa pasiva, sino por bien dirigidos contraataques contra objetivos militares».

Cuando Franco empezó su «guerra de nueve días» contra la población civil de Cataluña, las fuerzas aéreas republicanas hicie-

ron una demostración palpable en apoyo del argumento de mister Churchill.

Bombardearon Zaragoza, la gran población rebelde situada tras el frente de Aragón. Cuarteles repletos de flechas negras de Mussolini y legionarios de Franco fueron destruidos. Una fábrica de pólvora hizo explosión. Las llamas se pudieron ver durante dos días desde las líneas de fuego gubernamentales.

Cuarenta y nueve aviones tomaron parte en este raid. Todos ellos volvieron intactos a sus bases. En días sucesivos se hicieron varios raids similares sobre otras poblaciones rebeldes detrás del frente de Aragón, sin la pérdida de un solo avión.

El efecto fué maravilloso, la guerra franquista de «nueve días» contra las poblaciones y aldeas pobladas por refugiados en Cataluña cesó inmediatamente. Y la gran ofensiva contra el frente de Aragón, que todo el mundo esperaba para la primera semana de noviembre, fué aplazada.

Se ve claramente que estos golpes inesperados de las fuerzas aéreas republicanas deben haber obligado a Franco a redistribuir sus propios escuadrones aéreos. Por lo pronto, un gran número de aviones de caza hubieron de ser retirados del frente de guerra para poder proteger a Zaragoza y otros lugares situados detrás de las líneas, y para prevenirse contra una repetición de estos raids republicanos.

Estos raids republicanos marcan una nueva fase de la guerra, una fase que fué iniciada por el traslado del Gobierno a Barcelona.

Este paso ha sido interpretado en el extranjero como una retirada. Es completamente al revés. Barcelona no es ningún escondrijo de miedo. Los gallinas a quienes los dictadores fascistas tienen atemorizados no hay que buscarlos al Sur de los Pirineos.

El Gobierno decidió ir a Barcelona para organizar a Cataluña con sus amplias reservas de hombres y sus fuentes de producción industriales más afines a la máquina guerrera de la República.

Tanto más necesario se hizo esto cuando pareció que Francia, después de abrir sus fronteras pirenaicas con objeto de devolver a los millares de refugiados a la

hambrienta España, no la conservaría abierta para el tránsito de material de guerra.

El Gobierno del doctor Negrín ha hecho cara a la situación con un espíritu de enérgica determinación. Abandonado por las potencias democráticas de Europa occidental, la República española tiene que contar solamente con sus propias fuerzas. Y de aquí en adelante empleará su fuerza en su total extensión.

Los aviadores republicanos no se rebajarán jamás planeando para ametrallar masas de mujeres y niños. Pero cuando el enemigo lance su «guerra de nueve días» contestarán con «bien dirigidos contraataques contra objetivos militares». Como hicieron en Zaragoza.

Después de dieciséis meses de hostilidades, la República se ha visto obligada a quitarse los guantes de gamuza. La guerra, que todo el mundo fuera de España parece considerar como casi terminada, excepto la galería, está realmente empezando a dar sus primeros pasos.

(«El Día Gráfico». Barcelona, 23-XI-1937.)

COMO EN LA EDAD MEDIA

El joven inglés Peter Caddy, encarcelado desde las Navidades pasadas por haber hecho una declaración falsa, se halla en la cárcel de Algeciras esperando aún ser juzgado.

En Alemania, el pastor Niemöller también espera comparecer ante el Tribunal desde hace cuatro meses y el dirigente comunista Thaelman lleva cuatro años en prisión.

En los países de régimen dictatorial, se mantienen en prisión, sin someterlos a procedimiento judicial, lo mismo a los inocentes que a los culpables, y ello nos recuerda los tiempos de la Edad Media en que regía el capricho de los gobernantes en lugar de la ley.

¿Se puede destruir la libertad y esperar que la justicia sobreviva? («Daily Express», 20-XI-1937.)

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO.

La campaña insidiosa de ciertos periódicos ingleses

Una nota del Servicio de Prensa de la Presidencia del Consejo de Ministros

En el Servicio de Prensa de la Presidencia del Consejo de Ministros facilitaron a los periodistas la siguiente nota:

«Ciertos periódicos ingleses insisten en una rara campaña, que no tiene otro objeto que desorientar a la opinión mundial en cuanto a la guerra de España. Fundamentalmente esta campaña habla de mediaciones y armisticios. El Gobierno español, recientemente, y por boca de su jefe, ha desmentido tales rumores e infundios. El Servicio de Prensa recuerda estas declaraciones oficiales del doctor Negrín, que hasta ahora constituyen la única verdad y la única noticia que merece crédito.»

Las maniobras criminales de los agentes de Hitler...

(continuación)

ña, principalmente la agrupación «Jeune Russie», cuyos directores Vonsziatsky y Kasen-Bek, son verdaderos agentes de Hitler en París. Esta actividad de los rusos al servicio de Alemania, de Italia y de la España de Franco, tendrá terribles consecuencias para todos nosotros.

Si no queremos perder la estima de la opinión francesa y principalmente la de la opinión republicana y conservadora, es indispensable que se haga una declaración categórica y autorizada en este sentido por las organizaciones representativas de la emigración. En caso contrario, todos quedaríamos englobados en los desastrosos resultados de esta maniobra, cuya primera víctima es el general Miller. Es indispensable también que sepamos reaccionar personalmente contra las presiones ya intolerables, de que somos víctimas para obligarnos a que nos enrolemos en el ejército de Franco. Los militares rusos no tienen por qué ir a matar españoles por cuenta de Alemania e Italia.

Tal es la convicción de nuestros jefes más prestigiosos. Tal es seguramente el pensamiento del general Denikin. Tal era la norma que se había impuesto personalmente el general Miller, que, consciente de su responsabilidad ante los rusos y ante Francia, se opuso a estas maniobras con tal energía que se ha juzgado necesario «suprimirlo».

Para no vernos alcanzados por el odio que estas actuaciones van a despertar en la opinión imparcial de Francia, es necesario y urgente que afrontemos el peligro denunciándolo nosotros mismos y publicando toda la verdad que se esconde en el asunto Miller.

Si los elementos fascistas de la emigración rusa, simpatizantes con Alemania e Italia, quieren lanzarse a la aventura de España, que la responsabilidad caiga sobre ellos exclusivamente. Los millares de rusos emigrados que residen desde hace veinte años en Francia no pueden sacrificar

su bienestar y la estimación de que gozan, por una causa que les es completamente ajena.

Nuestro anticomunismo no puede ser utilizado en absoluto para precipitarnos en una guerra civil que se acerca cada vez más a una guerra de independencia, en donde no seríamos sino mercenarios contratados por el invasor.

Si los rusos que residen en Alemania y en Italia se creen en la obligación de secundar la acción de estos dos países en la guerra de España, nosotros, los que residimos en Francia, debemos seguir la línea de conducta que el Gobierno y la opinión pública nos trazan inflexiblemente. De otro modo, nuestro primer deber sería abandonar en masa el país que hasta hoy nos ha ofrecido hospitalidad.

Preténdese actualmente eludir esta obligación moral trasladando la sede de la F. G. D. A. C. R. de París a Bulgaria, en donde nuestros dirigentes no hallarían las trabas con que, lógicamente, tropiezan en Francia. Se quiere escamotear así la obligación en que estamos de actuar de acuerdo con la legalidad francesa. Esta nueva maniobra no puede tolerarse. Francia no permitirá nunca que unos millares de hombres, posibles combatientes, residan en su territorio bajo una disciplina ajena a ella. Si la dirección de la F. G. D. A. C. R. quiere zafarse de los deberes que le impone la hospitalidad francesa, nos veremos obligados a abandonar en breve plazo el territorio francés o a vivir de una manera clandestina como agentes extranjeros al servicio de potencias extranjeras.

No estamos dispuestos a ello. Preferiríamos en todo caso romper todos los lazos de disciplina que nos unen a aquellos que quieren precipitar a los emigrados rusos a esa desastrosa política antifrancesa y hasta denunciar concretamente sus manejos.

Un antiguo oficial ruso.

LAS MILICIAS

LA FALANGE

Falange Española fué la primera organización seria de un espíritu nuevo de rebeldía contra las teorías democráticas.

Se inició su vida con algunos ensayos literarios y reuniones de una parte de la juventud «snob» y aristocrática; la fundación de revistas y de grupos o círculos literarios fué el primer brote del nuevo movimiento antidemocrático. De este brote nació la Falange Española.

Las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista) han sido en España las primeras entidades que llevaron a la lucha o acción directa el espíritu de aquellas reuniones.

Fundidas ambas sociedades en una global, denominada Falange Española de las JONS, se constituyó la nueva entidad política, bajo el mandato directo y único de José Antonio Primo de Rivera.

La historia de esta formación social nos llevaría demasiado lejos en esta exposición; por otra parte, ni es interesante a los fines descriptivos, ni desconocida de la gente, ya que la actualidad dramática española ha aireado sus interioridades y génesis.

La Falange Española de las JONS trajo a la lucha en España un sentido nuevo, intelectual y batallador en el antiliberalismo; en la idea, programas de viejas autocracias con remozamientos de literatura grandilocuente; en la organización, un sentido deportivo y espectacular, atrayente para las clases aristocráticas y pseudo-fascistizantes.

La organización nueva rechazaba la denominación de fascista, y se reclinó en el confuso nombre de nacional-sindicalismo, pero en el fondo no era más que una variante sui-géneris del fascismo imperante en ciertos países.

Al ocurrir el movimiento militar, la Falange empezaba su lucha contra las esencias democráticas del

pueblo español; la militarada monárquica precipitó artificialmente su desarrollo y esta improvisación ha sido la principal causa de su fracaso.

Carente la organización de una base sólida sedimentada en la lucha y en el ambiente popular, con el jefe y los principales elementos encarcelados, la Falange tuvo que improvisar sus cuadros de mando y hacer frente a un estado anormal, con escasos medios y elementos directivos.

La ausencia de José Antonio Primo de Rivera, el fracaso de la militarada en las grandes urbes y el influjo extranjero agobiante, han hecho fracasar un posible movimiento nacional-sindicalista, yugulando su desarrollo.

Sobre todas las dificultades, la carencia de jefe en los días difíciles del alzamiento, ha anulado toda su labor.

Yo conocí a José Antonio Primo de Rivera en la época común de los estudios universitarios; posteriormente, recién lanzados a la liza forense, batallábamos juntos, como todos los nuevos abogados, por los pasillos de la Audiencia y de los Juzgados.

La impresión que de él conservo no puede ser más (Continúa en la página siguiente.)

favorable; era en los tiempos de la Dictadura ejercida por su padre, don Miguel Primo de Rivera, y ciertamente, a pesar de que el apellido era en aquella época un amuleto prodigioso, José Antonio era un muchacho llano y modesto; tal vez excesivamente modesto para que su virtud fuese absolutamente sincera.

Por aquella época, el Colegio de Abogados de Madrid era el vivero de las rebeldías y de las inquietudes políticas. Fuertes corrientes republicanas arrastraban al torbellino de la polémica los actos y sucesos del día; allí se formó la levadura democrática directriz que había de fusionarse más tarde con el sentir del pueblo.

José Antonio, obligado a enfrentarse con los republicanos, más por íntimo sentimiento de afección filial que por convicción, disenta, sin embargo, de las corrientes monárquicas y reaccionarias.

Recuerdo que en una conversación mantenida con él, a raíz del advenimiento de la República, me hizo un gran elogio de Azaña, al que consideraba equivocado en su trayectoria política, pero una gran promesa de estadista.

—Yo, lo que siento—me decía—, es que Azaña no sea de los míos, pero reconozco que como él preconiza es como hay que gobernar; ¡claro que desde mi bando!...

Pasó el tiempo y el desnivel de las vidas nos separó casi completamente; cuando ha vuelto a sonar su nombre en mis oídos, ya no es el de aquel muchacho que conocí en la Universidad, sino el de su mito.

En la España nacionalista, entre otros muchos mitos, existe el de José Antonio, creado por las juventudes filofascistas, halagado en principio por las clases reaccionarias, y contra el que ahora luchan éstas con la misma intensidad que el caudillo Franco y la intervención extranjera.

Se ha hecho de él, de su vida y de su «ausencia», un símbolo. Preguntad a cualquier nacionalista por José Antonio; si es falangista, os dirá que vive todavía; si es monárquico, os contará su muerte y su martirio; si es clerical, no le concederá importancia.

Al abrirse la sima inmensa que separa las dos Españas, el mito de José Antonio ha quedado flotando entre una y otra; nadie habla de su muerte oficialmente, solamente se le menciona como «el Ausente». Seguramente no habrá caso en el mundo tan interesante como el de esta figura; la necesidad de caudillaje que siente el fascista, le obliga a sostener la ficción de tal «ausencia», pues es indispensable para su ideología un mito sobre el que apoyar su tinglado provisional.

En la España reaccionaria, el mito del Ausente, con el misterio de sus martirios y la interrogante de su muerte, es de una fuerza incontrastable. Porque «el Ausente» reunía todas las condiciones para entusiasmar a esa pléyade de aristócratas y señoritos, que sin enrolarse en las filas de la Falange, por él creada, en los años difíciles, pretenden ahora aprovecharse de la sensiblería creada en torno a tal figura.

La España reaccionaria, que ha aceptado a José Antonio como símbolo, y que antes le atacaba desde sus cómodas posiciones burguesas, no conoce ni uno solo de sus valiosos trabajos literarios o sociales, derramados en libros, revistas y discursos, pero, en cambio, adorna con profusión sus casas, escaparates y solapas, con el retrato cuidado y retocado del «Ausente». Es un caso de cretinismo y sensiblería enfermiza, verdaderamente indignante.

La Falange, durante el movimiento, se ha rodeado de una siniestra fama, nacida de hechos ciertos, pero explotada, injustamente, por elementos que la han superado en calidad y cantidad, en la labor vengativa y represiva.

A la fuerza clérico-monárquica, celosa del auge de Falange, convino destacar la labor represiva de ésta, acallando con ello su intervención directa en la misma. Es interesante a este respecto la polémica suscitada entre la Falange y el sector Requeté-monárquico, sobre este tema, en el curso de la cual, se ha declarado repetidamente por Falange, y últimamente por la Radio F. E. de Valladolid, sin haberse probado su falacia, que ella jamás ha actuado como fuerza de represión, aisladamente, sino con el beneplácito de las autoridades militares constituidas.

La Falange debe ocupar su puesto en la imputación de las represiones y venganzas sociales, pero no debe cargar con su exclusividad; la justa indignación del pueblo debe ser orientada hacia todos los causantes de las mismas.

La primitiva y originaria Falange Española de la JONS, dió, desde el primer momento de la rebelión, un contingente crecido para los frentes de combate; puede calcularse en unos cincuenta mil los falangistas que combatían al comienzo de la guerra en primera línea; sus reservas, actuantes también circunstancialmente o en servicios de enlace, se elevan a otros tantos.

El crecimiento de Falange fué debido en gran parte al fácil acceso que prestó a los elementos populares; el obrero y el campesino, dominados por el terror, amenazados por el cacique, acudieron a la Falange como

puerto de salvación contra la tiranía de ésta. Falange no exigía la virginidad de origen; en sus filas entraron miles de izquierdistas y marxistas a los que el régimen de terror colocaba en la opción de la camisa azul o la muerte.

Este auge de la Falange desató prontamente la envidia y recelo de las fuerzas reaccionarias; éstas, que sólo ven como solución del problema social el exterminio del proletariado sindicado, no transigen con su incorporación al calor de la Falange. Enfrentados los «camisas azules» con los caciques reaccionarios, hubieron vencido aquéllos en la lucha, si la dirección extranjera, percatándose de la importancia de este movimiento auténticamente nacional y difícilmente dominable, no hubiera exigido a Franco la disolución y fusión de Falange con otros partidos y tendencias antagónicas, bajo su mando único y directo.

Por este decreto de unificación, el hecho más trascendental de la rebelión, internamente, hasta el punto de que divide en dos períodos aquélla, se amalgamó artificialmente, la Falange, de espíritu moderno y visión futura e innovadora, con el Requeté, vieja fuerza tradicional, rutinaria y arcaica, desapareciendo todas las demás Milicias o fuerzas auxiliares.

EL REQUETE

El Requeté es la fuerza clerical de tradición en varra; de espíritu montaraz y arisco, el Requeté náutico e intransigente tiene por lema «Dios, Patria y Rey», extraño complejo, cuya resultante cierta es «que mande el cura».

Mola, el general más inteligente del cuadro rebelde, comprendió prontamente la fuerza de esta mesnada guerrera y desbocada, haciendo de ellos la base de su caudillaje; los Requetés, con sus escapularios y medallas, obedientes al mandato del clero, acudieron ciegamente al campo de batalla a aplastar «al enemigo infiel», cuya existencia, personalidad y estructura ignoraban completamente. Yo, en doce meses de guerra de convivencia con ellos, todavía no he conseguido enterarme de lo que quieren estos individuos y cuál es su idea en esta lucha; parece que quieren un rey, que no es el mismo que el de los otros, y de cuya dinastía originaria han muerto él, sus herederos y hasta un regente que designaron...

(Continuará)
(Del libro «Doy fe...», original de Antonio Ruiz Vilaplana, secretario judicial de Burgos.)

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

preparados. De repente llega por la noche un barco de guerra. Puede imaginarse la sorpresa que causa este acontecimiento extraordinario. Del navío descienden doscientos gendarmes, milicianos, oficiales, comisarios, inspectores de policía y, por último, el procurador del rey cerca del Tribunal especial. Doscientos cincuenta deportados fueron detenidos y conducidos al castillo. Al día siguiente, la ciudad daba la impresión de estar en estado de sitio. A los camaradas que habían sido encerrados se les sometió a un interrogatorio por la mañana. A última hora de la noche fueron libertados doscientos de ellos. Sólo entonces pudo romperse el misterio. No se trataba de nada menos que ¡un complot contra la seguridad del Estado! ¡Cuatrocientos deportados políticos, en una isla tan celosamente vigilada, ponían en peligro la seguridad del Estado! Los cincuenta acusados fueron embarcados al otro día en el barco de guerra. En grupos de cuatro o seis, con grilletes en las muñecas, unidos unos con otros por largas cadenas, atravesaron la ciudad. A los demás deportados se les prohibió presenciar la salida y acercarse al muelle; pero, haciendo caso omiso de esa prohibición, invadieron el puerto. Los cordones de hombres armados fueron impotentes para contenerlos. Fué el primer ejemplo de una rebelión colectiva contra una orden de la autoridad. En el momento en que los cincuenta presos descendieron a las lanchas que habían de transportarlos al navío, uno de ellos, rápido como el rayo, agitó con las manos encadenadas su sombrero y gritó con todas sus fuerzas: ¡Viva la libertad! Un coro inmenso repitió este grito desde las embarcaciones, desde las calles, desde las casas, desde el muelle. Después, el silencio—un silencio pleno de ansiedad—siguió a la aclamación inesperada. Los soldados y los gendarmes bajaron de sus hombros los fusiles y se oyó el ruido metálico de los cerrojos. Pálido, con voz que la emoción y la rabia hacían temblar, un comisario ordenó: «¡En nombre de la ley, disolvedos!» Nadie se movió. Todos permanecieron en su sitio, inmóviles, mudos. En el aire flotaba la amenaza de una tragedia inminente. Sólo cortaban el silencio los sollozos mal contenidos de

unas mujeres. El comisario dió la orden de hacer fuego. El barco levó anclas, llevándose a nuestros camaradas, y la muchedumbre se dispersó lentamente. (Lus-su: la Catena.)

El proceso de los ciento cincuenta y ocho detenidos de Ponza, que se vió ante el Tribunal especial de Nápoles en el mes de junio de 1932, y que terminó—fuera de toda instrucción, de todo interrogatorio y de toda defensa—con ciento cuarenta y ocho condenas a cinco meses de prisión y con cuatro a once meses, es otra muestra del elevado concepto de las exigencias inexorables de la justicia preventiva.

Algunas visiones de horror. El trato a que se somete habitualmente a los detenidos para arrancarles la confesión de su delito.

Las mismas violencias, los mismos abusos y el mismo desbordamiento de brutalidad salvaje que evocan estos episodios tan característicos tuvieron y tienen aún por escenario todos los recintos que el fascismo ha preparado, hasta en el pueblo más pequeño de la península, para reunir en el momento deseado el rebaño humano que necesita para experimentar sin descanso la potencia de su aparato de persecución. A veces el refinamiento en la crueldad de que dan muestras con cualquier motivo los hombres a los cuales recurre habitualmente para asentar su prestigio la justicia de su majestad el emperador de Italia, excede en horror y en ignominia a las divagaciones de la imaginación más delirante.

El comunista Del Giudice, detenido en Roma bajo la acusación de haber tomado parte en complots fantásticos, se niega a confesar su intervención en un delito que no ha cometido jamás. Para soltarle la lengua, un oficial de la milicia hace entrar en la celda en que se halla el preso a unos hombres especializados en el arte de persuadir a los recalitrantes. La primera tortura consiste en golpearle las mandíbulas, evitando el causar lesiones exteriores. Como este procedimiento no da el resultado apetecido, se conduce al paciente por la noche al campo, escoltado por gran número de policías que simulan los preparativos de una ejecución de pena capital. Llegados a un lugar, elegido de antemano, los milicianos atan una cuerda al cuello de Del Giudice y tiran de ella hasta que el infeliz pierde el conocimiento. Esta vez tampoco se producen las revelaciones esperadas. Perdida la paciencia, los verdugos levantan a su víctima, la colocan, sostenida por cuerdas, contra un árbol y ponen enfrente un pelotón de milicianos con sus armas en posición de disparar, como si fueran a

fusilarla. Pero aun esta vez, a pesar del empleo de tan grandes medios, el interrogatorio no da mejores resultados.

En los primeros meses del año 1929, fueron detenidos en Trieste unos militantes republicanos, acusados, no hace falta decirlo, de haber tratado de derribar la Constitución del Estado. La instrucción fué realizada por el propio Tribunal especial. A los acusados de más significación se les reservó, naturalmente, un trato de favor.

A Voditzka Giovanni de Zara, los inquisidores le golpearon el pecho por el lado del corazón con una pesada bola de hierro forrada de caucho. Extendido sobre una mesa e inmovilizado por cuerdas sólidamente anudadas, fué invitado a responder a las preguntas que le hacía el juez. A cada negativa, se redoblaban los golpes. Para Copanni Alberto, de Scorticata, y Rosenshek Hugo, de Trieste, se inventaron suplicios más originales.

Copanni tuvo que sufrir el tormento terrible de las agujas introducidas debajo de las uñas de sus manos. En cuanto a Rosenshek, fué obligado a dar pruebas de su valor invencible: le metieron los pies en agua hirviendo.

Los días 20 y 21 de julio de 1937, De Sanctis Iginio, Cicotti Aristide, Guiliano Ferdinando, que habían sido detenidos bajo la inculpación de pertenecer a la organización revolucionaria «Giustizia e Libertà», fueron apaleados brutalmente durante horas enteras con vergajos metálicos, en las plantas de los pies, por los ayudantes de policía Pizzuto y Quagliotta, a las órdenes del comisario-jefe Melchinchieri, encargado de sacarles a toda costa la confesión. Una vez acabada esta operación, los pacientes fueron obligados a meter sus pies sangrantes en un barreño con agua salada.

En el mes de noviembre de 1932, el marino Minich Antonio, de 53 años de edad, padre de cinco hijos, acusado también de estar afiliado al movimiento «Giustizia e Libertà», fué, con la esperanza de obtener de él por ese medio una declaración, apaleado salvajemente durante tres días consecutivos; además, se le tuvo sin comer por espacio de 19 días, y se le sometió, por último, al suplicio oriental de la cucaracha, que consiste en colocar sobre el pecho del paciente una cucaracha bajo una campana de vidrio; como el insecto no puede salir, ni subir por el vidrio, trata de abrirse una salida mordiendo la carne.

La lista de estos episodios vergonzosos podría alargarse a voluntad.

A menudo todos los miembros de la familia del acusado compartieron su suerte y sus sufrimientos y tuvieron que expiar duramente este crimen monstruoso.

(Continuará.)